PALABRAS RODANTES

Una alianza:

METRO MEDELLÍN CALIDAD DE VIDA

comfama



MEDELLÍN EN 100 PALABRAS

2026

LECTURAS DE IDA Y VUELTA

Todo el tiempo la ciudad nos invita a contar historias: en el bus, en una tienda de esquina, cuando nos encontramos de sorpresa con un amigo en la calle o cuando volvemos a pasar por un lugar que recordábamos de una manera y ahora lo vemos de otra. Este libro reúne los relatos ganadores y finalistas de la novena edición de Medellín en 100 Palabras; historias que nos recuerdan que, mirar con atención, también es descubrir una ciudad nueva cada día.

© 2026, Comfama
© 2026, Metro de Medellín

Consejo Editorial David Escobar Arango
Tomás Andrés Elejalde Escobar
Juan Luis Mejía Arango
Jaime Andrés Ortiz Rueda
Adriana María Sánchez Sánchez
Sarita Pérez Henao
Perla Toro Castaño
Juan Diego Mejía Mejía
Estefanía González Vélez

Editora invitada Lili Echavarría-Callejas

Prologuista José Zuleta Ortiz

Corrección de estilo Catalina Trujillo-Urrego

Asistencia editorial Ana María Tobón
Daniel Palacios Gómez

Diseño e impresión Apotema S. A. S.
Primera edición: noviembre 2026
ISBN: 978-628-7910-16-4
Impreso en Colombia

Comfama
www.comfama.com
Central de llamadas de Comfama 3607080
@comfama
@comfamacultura

Metro de Medellín
www.metrodemedellin.gov.co
Línea Hola Metro 444 95 98
@metrodemedellin

Todos los derechos reservados. Sin autorización expresa de los titulares, esta publicación no puede ser reproducida o difundida ni total ni parcialmente por ningún medio mecánico, fotoquímico, magnético, electroóptico, o por cualquier otro medio actual o futuro.

Los autores y autoras de esta edición son los únicos responsables del contenido de sus cuentos. Al participar, exoneran a Comfama y al Metro de Medellín de cualquier responsabilidad por infracciones a la propiedad intelectual y los derechos de autor.

Al Metro de Medellín y a Comfama nos une todo lo que hace más bella la vida.

La alianza de las dos entidades en torno a la cultura valora los saberes aprendidos desde siempre, estimula la creación y exalta las diversas maneras de ver el mundo que son la auténtica riqueza de nuestra sociedad.

PALABRAS RODANTES UN MANIFIESTO

Palabras Rodantes es un programa de lectura de la Alianza Metro de Medellín-Comfama. De esta iniciativa hacen parte integral el proyecto editorial, las bibliotecas que prestan sus servicios en varias estaciones y la agenda cultural conjunta que recorre el sistema de transporte.

Palabras Rodantes estimula a los viajeros del metro a incorporar la lectura en sus vidas como una alternativa para llegar a donde la imaginación alcance. Es una propuesta de diálogo entre autores y lectores para que las personas y las comunidades encuentren en la lectura respuestas a las preguntas más sentidas de sus existencias.

Los viajeros de Palabras Rodantes comparten los libros con otros lectores y en esa forma se crea en el Valle de Aburrá, en medio de la velocidad de la vida cotidiana, una comunidad de ciudadanos unidos por los hilos invisibles de la imaginación, la solidaridad y la esperanza. La Alianza Metro de Medellín-Comfama confía en los viajeros y en los lectores a los que llegan los libros de la colección.

Palabras Rodantes reconoce el legado de la literatura universal para la humanidad y lo enriquece con nuevas propuestas que exaltan a los mejores creadores contemporáneos.

Los criterios de selección de los libros de la colección Palabras Rodantes favorecen a los lectores que no han tenido oportunidad de acceder a conocimientos especializados.

La agenda cultural de Palabras Rodantes complementa el goce de la lectura en otras dimensiones. Los viajeros lectores de Palabras Rodantes amplían el horizonte de sus vidas, conocen historias de otros viajeros en otros lugares de su ciudad y del mundo, se reconocen en los personajes y en las culturas diversas, saben que la palabra los une con todos los rincones de la tierra y valoran la importancia de la lectura como un camino a la libertad y la felicidad.

MEDELLÍN EN 100 PALABRAS

2026

Índice

De la Fundación Plagio, Chile 9

Prólogo
La luz de las palabras 11

Acta del jurado 17
Cuentos ganadores Categoría Infantil 23
Cuentos ganadores Categoría Juvenil 37
Cuentos ganadores Categoría Adultos 51
Cuentos finalistas Categoría Infantil 65
Cuentos finalistas Categoría Juvenil 85
Cuentos finalistas Categoría Adultos 111

Narrando ciudades

¡Medellín en 100 Palabras cumplirá una década de historia! A lo largo de estos años, miles de personas han encontrado a través de la escritura una manera de narrar la ciudad. Celebramos a quienes han aceptado el desafío de detenerse a observar su entorno y contar en cien palabras (o menos) un pedacito de ellos mismos.

Este año, el proyecto En 100 Palabras celebra 25 años desde su nacimiento en Santiago de Chile. En este cuarto de siglo hemos reunido más de un millón de cuentos en diferentes ciudades de América y Europa. Estos cuentos breves plasman la fuerza de esta iniciativa que ha cruzado fronteras con la convicción de que la literatura puede surgir desde cualquier lugar y está al alcance de todas y todos.

Medellín y Santiago comparten una historia que se escribe desde la diversidad de sus habitantes. Dos ciudades distintas, con sus propios ritmos, paisajes y maneras de vivir, que encuentran en este formato una posibilidad

común: narrarse desde la experiencia de quienes las habitan.

Desde Fundación Plagio aplaudimos estos caminos compartidos y renovamos nuestra invitación a seguir imaginando, narrando y transformando nuestras ciudades a través de la escritura. Esperamos que estos cuentos sigan abriendo diálogos, despertando recuerdos y creando nuevos vínculos.

Fundación Plagio, Chile

Prólogo

La luz de las palabras

Leer mil cuentos de cien palabras escritos por niños, niñas, jóvenes y adultos de Medellín y sus municipios vecinos fue una experiencia tremenda, ardua, estremecedora. Como subir a un huracán de juegos y pasiones, de narraciones duras, tiernas, reveladoras. Como haber tenido en los sentidos y en la conciencia una lámpara poderosa para ver y conocer las alegrías, las tribulaciones, la historia presente, «el estado de la nación». Saber de primera mano y, en muchos casos, en primera persona, con qué sueñan, de qué ríen. Aprender con nuevas palabras, con canciones urbanas, lo que duele perder a un amigo. Escuchar en primera fila la música alta de los barrios, la vida cotidiana que conecta con su tejido invisible un día con otro día. Lo que se dice en voz baja. El valor infinito de un cachorro, el de una gata. Las nuevas, múltiples formas del amor. La lejanía del mar. Las luces del otro lado de la montaña que son el horizonte. Otra vez la lejanía del mar. El encierro

del valle y su río imposible. La lluvia que hace de una calle de El Poblado una nueva Venecia. Las desbordadas pasiones por el Poderoso Medellín, y por el Verde. La libertad sublime de los habitantes de la calle. Una visita a un ser querido en la cárcel de El Pedregal. Las nuevas soledades de los muchachos. Las distancias entre las distintas edades. El silencio del silicio. Las canciones que escucha un vigilante en mitad de la noche y que alivian, sin quererlo, el alma triste de una vecina insomne.

Estos pequeños relatos que están por leer son un viaje múltiple al fondo y a las alturas de la ciudad, dan cuenta de las luces y también de la oscuridad de Medellín. En ese sentido tienen mucho de documento, son, si se quiere, el testimonio de una ciudad que se cuenta a sí misma desde su esencia, porque quienes escriben no son doctos o sabios, o distinguidos invitados a realizar un diagnóstico, los que dan cuenta de ella, son las personas que la habitan: los niños, las niñas, los adolescentes, los jóvenes y los grandes y los muy mayores. Quienes viajan en el metro, en un bus, en una motocicleta, los que la caminan, o como se dice popularmente: los ciudadanos de a pie. Esta circunstancia enriquece y confiere verdad a lo que encontrará el lector de estos textos. Relatos verdaderos. Verdaderos por su origen, importantes porque, estos sí, fuera de toda ideología, son la voz del pueblo. Y lo que tienen para contarnos desde todas las esferas y los rincones de la ciudad conmueve y también estremece. Es la ciudad y sus múltiples voces la que nos habla al oído.

Los lectores se pueden preguntar de dónde salió esta idea: ¿por qué cien palabras?, pueden dudar de si es posible decir con tan pocas palabras todo lo que hay para contar. Puedo asegurarles que cuando entren y tengan ante sus ojos lo escrito en este libro sabrán que sí es posible. Y que al leer los cuentos, relatos, pensamientos, sueños, diálogos y textos de diferente género que lo conforman, comprobarán que es posible decir muchas cosas con solo cien palabras y, lo mejor de todo, querrán intentarlo. Porque ustedes, queridos lectores, encontrarán en este libro un retrato, una vasta mirada sobre lo que pasa en la ciudad, tendrán noción, de cómo la viven, la gozan y la padecen sus habitantes. También sabrán qué esperan de ella los que escriben, qué los colma, qué los gratifica. Los lectores conversarán con los autores en el silencio de la lectura. Y querrán escribir su versión, su propia experiencia. Y sí: la suya también será una mirada singular, y podrá y merecerá ser contada. En ese sentido hay algo de contagio, de estímulo a los lectores en este libro.

Y para seguir con la pregunta acerca de dónde salió esta idea de la brevedad, la idea de decir mucho con unas pocas palabras; es útil y pertinente recordar que también otros lo han hecho antes. Antes de este concurso que celebro y del que tuve el honor de ser jurado, ya lo habían hecho otros escritores. Me atrevo a decir que existe una tradición de literatura breve, de píldoras magistrales sobre Medellín, son muchos grandes autores los que lo han intentado; lo hicieron por medio de pequeñas narraciones,

reflexiones o poemas que hablan de ella. Si leemos a los maestros mayores de esta tierra, aquellos que escribieron, que la construyeron con su arte, encontraremos textos que parecen escritos para este concurso. Aquí convoco, propongo uno escrito en 1944, es del filósofo Fernando González:

> Envigado es escenario para pedecer (*caminar) y meditar, La gente es individualista y no se mete en nuestra vida. El valle es solemne y muy anchas y de muchos verdes las montañas que lo enmarcan. El clima es propicio a la edad vieja. Estoy bien en Envigado. Los dioses muchos, están cerca. Y aman estas noches que son como días dormidos. Estoy mejor que en París o en Roma que tanto me agradaron.

También en esta ciudad hay historias de vida que merecerían ser contadas y que ocurrieron por obra y gracia de la bondad: la muy conocida de Teresita Gómez, una niña negra que fue adoptada por los porteros del Palacio de Bellas Artes de la avenida La Playa y que, a escondidas, cuando nadie escuchaba, en la clandestinidad del talento, con la complicidad de sus padres, aprendió a tocar piano y se convirtió en la mejor pianista de Colombia.

Pienso y me atrevo a proponer realizar una memoria de los actos humanos que construyeron la ciudad, creo que es un tema que el lector de este libro puede ensayar en futuros concursos.

Quiero contar a quienes leen, que durante la lectura de los mil cuentos que me tocaron en suerte (el concurso recibió 11.230) y en la de algunos de los libros anteriores, sentí ganas de escribir pequeñas grandes historias. Por eso quiero proponerles a los lectores que concursen en nuevas convocatorias. Para que ustedes también escriban y sientan, experimenten que escribir y leer es una manera profunda de viajar en nuevas direcciones. Leer y escribir son actividades complementarias que se enriquecen recíprocamente. Y estas historias al alcanzar sus ojos y sus conciencias, son el comienzo de una aventura. De una construcción. Inscribirnos en el universo de las historias que otros tienen para compartir. Pensar y sentir, compartir opiniones o disentir de ellas eso es lo que nos hace ciudadanos. Ese derecho que ahora al leer están ejerciendo.

Debo decir entonces, ante este libro, que así como antes de empezar un viaje no hay camino, los que aceptaron la invitación y escribieron y enviaron sus textos darán fe de que se es escritor cuando se escribe. Y que escribir, como viajar, tiene mucho de azar y de aventura. De gozo íntimo. Descubrir la ciudad que se comparte, saber de sus historias que de algún modo son las nuestras, saber, explorar, conocer la ciudad que habitamos.

Queridos lectores, con la lectura de este libro, el 182 de la colección Palabras Rodantes, están en la estación que les abrirá a una nueva aventura, la de otros mundos, personas, pensamientos, sueños, situaciones, lugares insospechados

y, sobre todo: estados del alma. Van a ver su ciudad de muchas maneras. De esta lectura surgirá una conversación con otros lectores y la más importante surgirá durante el silencio que brinda el final de cada lectura, que es la conversación consigo mismo. Consigo misma. Esa conversación tiene mucho de intimidad, de verdad, de reflexión sobre lo que somos como habitantes de un mismo entorno, uno que conoceremos más profundamente después de cerrar este libro. Alguna vez leí que nunca se está consigo mismo de una manera tan profunda y fecunda que cuando estamos leyendo. Aquí hay un pequeño tesoro que permitirá ese milagro: la luz de las palabras.

Bienvenidos, bienvenidas.

José Zuleta Ortiz

Acta del jurado

El jurado de la novena edición del concurso de cuentos cortos Medellín en 100 Palabras estuvo integrado por **José Zuleta Ortiz, David Eufrasio Guzmán** y **Juliana Gómez Nieto**.

Luego de un proceso de preselección y selección que consideró los **11.230 cuentos** recibidos durante la convocatoria, los integrantes del jurado nos narran sus impresiones sobre lo recibido, escrito y leído en el concurso este año.

José Zuleta Ortiz, escritor caleño y dos veces ganador del Premio Nacional de Literatura, nos dice: «En Medellín las palabras están por todas partes. En cien palabras cuentan, construyen fantasías, buscan y encuentran. Producen terror o tristeza, forman ídolos, también monstruos, muchas veces seres adorables. Revelan verdades, crean opacidad, también mienten. Dicen y desdicen. Fabrican sueños. Son la vida. Matizan, atenúan. Exaltan, imponen. Pintan y borran. Condenan o perdonan. Restablecen, lamentan. Son aroma y esplendor. Responsables del pasado, también se atreven: adivinan el futuro. Logran

el cielo. Bendicen. Aciertan y trastabillan. Contradicen. Nos acarician. Cantan. Sostienen la amistad. Son la luz del mundo. Susurran. Inventan y alimentan el amor. Y finalmente se detienen para hacer silencio».

Por su parte, **David Eufrasio Guzmán**, escritor antioqueño y ganador del Premio Nacional de Cuento, nos dice: «Leer los cuentos de Medellín en 100 Palabras significó palpitar la ciudad desde distintos ángulos y corazones. Respirar la calle y el barrio, vivir lugares emblemáticos, tocar las cicatrices de las heridas que nos ha dejado Medellín a lo largo de las violencias y los años, compartir obsesiones y preocupaciones, pero también gozar con su cotidianidad alegre, con las historias de cuadra y esquina, las anécdotas de familia y los recuerdos de quienes ya no están. Y dentro de esa variedad de miradas, lenguajes y formas de habitar, encontrar el amor, la amistad, los animales, el hogar, la muerte, la enfermedad, el olvido y la memoria, vida pulpa que se cocina en este valle y sus alrededores, en una ciudad que es cemento, ladrillo y progreso, campo, tradición y libro».

Finalmente, la escritora **Juliana Gómez Nieto**, nacida en Calarcá, Quindío, y ganadora del Premio Nacional de Novela Inédita, nos cuenta: «Estas historias, narradas por quienes viven, gozan o padecen, transitan y transforman la ciudad, sus cerros, sus casas y calles, en el trabajo o en el ocio, en el día o la noche, nos muestran cómo acontece la vida misma en este valle y nos hacen preguntarnos, ¿cuántas ciudades hay en una sola palabra: "Medellín"? ¿Cuántas Medellín caben en 100 palabras? Quizá tantas como el número de personas que la habitan».

David Eufrasio Guzmán y Juliana Gómez Nieto se reunieron de manera presencial en el Claustro Comfama con la presencia virtual de José Zuleta Ortiz, desde Cali, el **miércoles 19 de agosto de 2026** y decidieron, de manera conjunta, elegir los siguientes cuentos como los ganadores en cada una de las categorías:

Categoría Infantil:

Primer puesto
Título: Los charcos
Juana Moreno Cardona, 11 años
Bello
N.° 522889

Segundo puesto
Título: Se me olvidó
Juan Pablo Ruiz Jaramillo, 11 años
Enciso, Medellín
N.° 523327

Tercer puesto
Título: El Farol
Sara Rodríguez Higuita, 12 años
Santo Domingo Savio, Medellín
N.° 509866

Categoría Juvenil:

Primer puesto
Título: Tiempo en familia
Alisson Ríos Montoya, 16 años
Envigado
N.° 491216

Segundo puesto
Título: El filo
Nicolás Bernal Vargas, 17 años
Envigado
N.° 501575

Tercer puesto
Título: La mirada que desarma
Matías Cardona López, 16 años
Robledo Villa Flora, Medellín
N.° 512945

Categoría Adultos:

Primer puesto
Título: Claridad
Pedro Juan Vallejo Peláez, 33 años
Medellín
N.° 523284

Segundo puesto
Título: Gravity Bike
Héctor Augusto Jiménez Arboleda, 56 años
Santa Mónica, Medellín
N.° 518499

Tercer puesto
Título: Llegadas intermunicipales
Elizabeth Martínez Caro, 31 años
Buenos Aires, Medellín
N.° 478647

CUENTOS GANADORES

Categoría Infantil

Ilustración

Juan Pablo Cáceres - @ _juanpablocaceres



Primer puesto

Los charcos

Después de cada lluvia busco el charco más grande del barrio. Mi mamá dice que deje de brincar porque me ensucio los zapatos. Yo sigo brincando. En un charco vi pasar una nube. En otro, una paloma. Hoy encontré uno en el que cabían las montañas. Desde entonces, cuando llueve, siempre camino mirando al suelo. Hay otra Medellín escondida en los charcos.

Juana Moreno Cardona, 11 años
Bello
N.° 522889

Ilustración
María Palma Llano - @p.de.palma



Segundo puesto

Se me olvidó

Salí de mi casa para el colegio en mi bicicleta, en el trayecto me encontré a doña Julia, es una escobita que nos ayuda a tener la calle limpia, más adelante pasé por el parque y encontré a Laura haciendo yoga, también me encontré a Brayan, el vendedor de aguacates. Después me encontré a don Federico en su carro viejo voceando: «Compro chatarra, saquen lo malo». Antes de llegar al colegio vi a doña Consuelo y a don Raúl sentados en una silla recordando su primera cita, y en las puertas del colegio recordé la maqueta de Biología.

Juan Pablo Ruiz Jaramillo, 11 años
Enciso, Medellín
N.° 523327

Ilustración

Daniela Navales Pimienta - @unservolatil



Tercer puesto

El farol

Las tazas se quiebran y con pegamento vuelven a servir. No son iguales, tienen una línea. Pero esa línea guarda historia de que no se rompieron del todo. Si hoy sientes grietas por dentro, está bien. Las grietas no te hacen inútil. Te hacen taza que aguantó la caída. Las tazas con grietas también sirven café.

Sara Rodríguez Higuita, 12 años
Santo Domingo Savio, Medellín
N.° 509866

CUENTOS GANADORES

Categoría Juvenil

Ilustración
Laura Díez - @lauradieze



Primer puesto

Tiempo en familia

Crecí viéndolos de afán, entrando y saliendo, casi sin tiempo para nada. Yo me quedaba esperando cualquier rato juntos. Ahora que por fin se sientan, hablan, están..., soy yo la que busca irse. Salgo, me encierro, me distraigo. Y queda esa sensación rara: eso que tanto quería ya llegó, pero no se siente como antes. Como si hubiera llegado tarde.

Alisson Ríos Montoya, 16 años
Envigado
N.° 491216

Ilustración

Andrea García Mesa - @andreagmesa



Segundo puesto

El filo

Cargo este cuchillo desde que empecé. Lo mantengo bien afilado porque..., si falla, se nota. Con los años aprendí dónde entrarle a la carne: sin ruido, sin manchas, justo..., donde cede. Si uno duda, todo se daña; si tiembla..., peor. A veces hay errores..., y se riega. Me mancha las manos. Pero respiro... Y sigo hasta haberlo terminado. Así me enseñaron. Al final limpio el filo, con cuidado, como si fuera lo único que tengo. Abro la reja. Y ya hay gente esperando. —¿De res..., o de cerdo? —pregunto.

Nicolás Bernal Vargas, 17 años
Envigado
N.° 501575

Ilustración
Diego Mejía - @_gooodie



Tercer puesto

La mirada que desarma

El niño salió rápidamente del colegio, estaba bajando una loma por El Diamante, Camilo y yo la subíamos en la moto; éramos unos pocos años mayores que él, teníamos el fierro preparado para cumplirle la vuelta al patrón. Nos miró, lo miramos. Tenía todavía algo que nosotros tuvimos a su edad, pero que la calle nos quitó. Su mirada nos traspasó, decidimos dejarlo todo de una vez, queríamos volver a soñar como él... Nos cogieron, por ser menores duramos poco tiempo encanados, descubrimos que esa tarde el objetivo era el papá del niño. Nunca más volvimos a tocar un arma.

Matías Cardona López, 16 años
Robledo Villa Flora, Medellín
N.° 512945

CUENTOS GANADORES

Categoría Adultos

Ilustración

Julián García - @juliangarcia.arteysimbolo



Primer puesto

Claridad

Las cataratas a Julia le han opacado la mayoría del mundo. Ya no alcanza a leer «Oriental» en el bus que la lleva a la Clínica Sandiego ni tampoco distingue la cima del Coltejer entre los edificios del centro. Lo único que reconoce sin dudas —al menos eso les cuenta a las personas que hacen fila en El Pedregal para visitar reclusos— son unas manos que se mueven entre muchas a través de los barrotes. «¡Esas son las de Walter!», dice y, ante la burla del guardia que la requisa, saluda con las suyas mientras sonríe.

Pedro Juan Vallejo Peláez, 33 años
Medellín
N.° 523284

Ilustración
Mike Giraldo - @emeciito



Segundo puesto

Gravity Bike

Ánderson se aventuró aquella tarde noche con sus parceros de rodada. Con un zigzagueo probó su bicicleta. El viento agitaba su camisa a manera de alas otorgándole la libertad de percibirse como un pájaro. En el alto de la Virgen arrancó su viaje hacia Zamora, sus garras y plumas remeras se dispusieron para el descenso. Agazapado como un halcón esquivaba carros y tractomulas en la carretera. En una curva, las luces parpadeantes de una buseta se aproximaron, un grito rapaz salió de su boca, se aferró al manubrio como a una presa y siguió el camino de las estrellas.

Héctor Augusto Jiménez Arboleda, 56 años
Santa Mónica, Medellín
N.° 518499

Ilustración
Susana Arbeláez - @iam.suu



Tercer puesto

Llegadas intermunicipales

Un chifonier. Un somier. Una cama. Un machete. Cuatro ollas. Una paila. Dos materas. Un taburete. Tres butacos. Cinco cucharas. Un cucharón. Cuatro platos. Dos vasos. Un atado de panela. Tres libras de arroz. Un kilo de espinazo. Una bolsa de tomate de árbol. Un tiple. Unas botas. Tres bocas que alimentar. Una pregunta para hacer en bien llegaran a la ciudad: «Disculpe, hombre, ¿por dónde cogemos para llegar a Manrique Oriental?».

Para quien hizo posible que aquí naciéramos, mi abuelo.

Elizabeth Martínez Caro, 31 años
Buenos Aires, Medellín
N.° 478647

CUENTOS FINALISTAS

Categoría Infantil

Si tienes este libro entre las manos, probablemente conozcas esta ciudad: sus calles, sus parques, el metro y las montañas, las casas y algunas de las personas que viven en ellas. Pero basta mirar un poquito distinto para que aparezca algo que antes no estaba.

Una gallina con algo que decir. Un perro que simplemente espera. Una estatua que observa. Unas hormigas que tienen sus propios caminos.

¿Los habías visto?

Yo también soy lectora. Tú también. Y quienes escribieron estas historias también lo fueron antes de sentarse a escribirlas. Miraron alrededor, se fijaron en algo, imaginaron otra posibilidad y decidieron contarlo.

Las historias están ahí, al alcance de la mano. La diferencia es que ellos se atrevieron a poner las suyas en palabras y ahora podemos leerlas.

Entra. Mira por aquí, asómate por allá, sigue una historia, salta a otra, vuelve a la anterior. Puedes empezar por el principio y seguir el camino aquí trazado, o puedes hacer el tuyo: saltar, volver, detenerte en una historia y después irte a otra.

Leer también es jugar, y como nos enseñó Cortázar, hay más de una forma de llegar.

El bus de Robledo

El bus 250 de Robledo siempre iba vacío después de las 9 p. m. El chofer, Jorge Albeiro, se aburría. Empezó a poner música suave y a anunciar las paradas como si fuera guía turístico: «Por acá nació mi abuelo». La gente empezó a subirse al bus solo para escucharlo. Un estudiante grabó un anuncio y se volvió viral. Ahora el 250 es el bus más lleno de la noche. Jorge Albeiro sigue igual, pero ahora tiene un cartel: «Ruta cultural nocturna de Robledo». Y Medellín descubrió que su ciudad se oye mejor después de las 9 p. m.

Valentino Guerrero Pérez, 10 años
Robledo San Germán, Medellín
N.º 507918

Estatua

Sigo firme mientras todo a mi alrededor cambia. Solo las palomas se fijan en mí. Solo me usan. No saben quién soy.

Simón Mesa Molina, 13 años
Envigado
N.° 520805

El vagabundo

Todos lo conocen en el barrio, se murmura que no tiene casa, anda mugroso y huele mal, doña Carmen, la señora que vende empanadas, le da agua y comida; doña Amparo le ofrece siempre galletas; don Julián le da pollito; don Cristian, el señor de la tienda, le ofreció una ducha, y en estos días se enfermó y don José lo llevó al médico. Lo más curioso es que todos siguen diciendo ¡qué pesar del vagabundo que no tiene casa!, pero lo que no saben es que ese berraco gato sí tiene hogar, tiene al barrio en sus patas.

Amelia Zapata García, 8 años
Bello
N.° 519126

Las dos hormiguitas

Un día quería pasear por la ciudad, me guie caminando con mis pequeñas patitas y casi me pisan. Llegué al Jardín Botánico, allí había muchas personas que me podían pisar, vi muchos árboles y muchas... Muchas plantas. Me encontré con un amiguito que no tenía casa, como yo. Buscamos en el Jardín Botánico y un niño nos cogió, nos asustamos mucho, y pensamos que nos iban a aplastar, pero nos llevó a una casita, ¡eeeeh! La decoramos con flores, fuimos por comida, nos hicimos unas camas de hojas para descansar y jugamos los dos... Fuimos felices por siempre.

Matías Ospina Londoño, 7 años
Sabaneta
N.° 517022

El cantar de mis gallinas

Mi mamá me pide como tarea alimentar a las gallinas y recoger sus huevos cada mañana. Para que estén felices, les pongo música mientras comen. Lo curioso es que parecen cantar al ritmo de las canciones y hasta mueven la cabeza como si bailaran. Yo creo que por eso ponen los huevos más sabrosos de toda la vereda. Un día les puse música de fiesta y comenzaron a cacarear tan fuerte que parecía un coro. Desde entonces, mis gallinas son artistas famosas del corral, y cada huevo que ponen lleva una nota musical.

Christopher Sánchez Mesa, 11 años
Manrique, Medellín
N.° 510545

La magia del Metrocable

En Santo Domingo, las brujas no usan escobas, sino el metrocable. Al llegar el atardecer, dos mujeres con delantales sucios de grasa suben a la cabina 13. No son malas; son guardianas del valle. Un operador del metro las vio desvanecerse dejando rastro de cigarrillo e incienso. Le advirtieron: «Mientras el guayacán florezca, la ciudad tendrá el alma». Hoy cuando el viento sopla entre los cables del barrio, todos saben que son ellas vigilando que el cemento no apague la montaña.

Matías Gómez Barrera, 13 años
Medellín
N.º 508349

Capacidad máxima

Mi abuela me enseñó a distinguir las miradas: las que se detienen en tu piel, las que cambian al escuchar tu apellido y las que deciden quién sos sin conocerte. Un día subí al bus que me llevaba a mi casa. El conductor me miró de arriba abajo y extendió el brazo para impedirme pasar. Detrás de él, el letrero decía: «Capacidad máxima: 20 personas». Conté más de diez asientos vacíos. No discutí. Me quedé mirando el bus alejarse. Entonces entendí que el bus estaba lleno desde mucho antes. Lleno de prejuicios. Y esos siempre encuentran dónde sentarse.

Sophía Banguero Rincón, 12 años
La Estrella
N.° 512931

La mentira

Después de almorzar frijoles salí de la cocina, luego vi a mamá sacando helado de chocolate de la nevera, mi preferido. Ella empieza a ver la tele, fui discretamente hacia la cocina, lo cogí, lo abrí, pero no había helado, ¡había frijoles! Iba a guardarlo, hasta que mamá apareció detrás de mí y dijo que tenía que comerlos y que no dejara nada. Dije: Si recién almorcé, mamita. Me dijo: Te vi escondiendo tu almuerzo en la coca de tu hermana. ¡Me pilló! ¡Me los comí! Entonces cuando mamá saca una coca de la nevera, me pregunto: ¿helado o frijoles?

Luciana Rubiano Vásquez, 11 años
Laureles La Castellana, Medellín
N.º 517556

Lealtad

Mis dueños me habían dicho que me sacarían al parque; ansioso, corrí por mi correa. Cuando salimos, me lanzaron mi pelota, como de costumbre, pero no los vi luego de recogerla. Lo mejor que se me ocurrió fue esperarlos en un andén cercano, pero, después de un tiempo, se volvió bastante aburrido. «No tardarán mucho», me dije...

Sofía Gaviria Ramírez, 13 años
Itagüí
N.° 520300

Soñé con sus disculpas...

Anoche soñé con papá en aquel cerro Quitasol, que me abrazaba y pedía perdón por todo lo malo que me había hecho: por decir que yo no era su hija; por haber hecho llorar a mamá en aquel avión de regreso a casa y por prometer que seríamos una familia «completa». Me despierto rápido y me levanto de la cama con lágrimas saladas corriendo por mis mejillas y me pregunto cuántas veces he tenido este sueño, y cuántas más he deseado no soñarlo. Y sé con certeza que jamás se hará realidad y en mi corazón deseo que así sea.

Salomé Carmona Jiménez, 11 años
Belén La Mota, Medellín
N.º 510748

Mi perro y la escoba

Un día mi mamá estaba barriendo la casa cuando mi perro decidió que la escoba era su peor enemiga. Cada vez que ella barría, él corría detrás de la escoba ladrando como si estuviera salvando al mundo. Mi mamá intentaba terminar de limpiar, pero el perro mordía las cerdas y salía corriendo por toda la sala. En un momento se enredó un poco y se quedó mirando la escoba como si hubiera perdido una batalla. Todos nos reímos mucho. Al final, mi mamá terminó cansada y el perro acostado, orgulloso de haber «vencido» a la escoba.

Franchesca Ortiz, 13 años
Medellín
N.° 510485

Ese cáncer llamado monstruo

Aquel cáncer era como un monstruo aterrador, me daba mucho miedo, de pronto el cielo se oscureció el monstruo nos encontró y eligió a mi hermano, todos lloramos, nos pusimos tristes, nos quedamos esperándolo en la puerta por donde se lo llevó, después de mucho luchar con él, de pronto salió mi hermano, con una espada en la mano y con el monstruo en la otra y dijo: Gané, familia, he vencido al monstruo. De repente, el cielo oscuro se volvió de colores, la vida volvió y toda mi familia está feliz.

Simón Robledo Ramírez, 13 años
Calasanz, Medellín
N.° 516286

Venganza

Mi papá me obliga a leer. Leo con él y luego solo, o al revés. Leo uno que me compró porque yo quise y, al terminarlo, uno que él quiere. Me gustaba ver su cara de felicidad. Ahora, para que no tenga esa risotada gigante, escribí esto. Para que se enoje.

Miguel Úsuga Gallego, 10 años
Doce de Octubre, Medellín
N.° 517912

¿Dónde alquilan papás?

Tenía seis meses cuando papá me dejó. Crecí rodeado del cariño de mi mamá, quien trabajó sin descanso para darme amor, educación y esperanza. Aunque sonreía, a veces sentía un vacío al ver otros niños con sus papás. Nunca perdí la bondad ni las ganas de salir adelante. Un día, mirando el cielo, pregunté: «¿Dónde se alquilan papás?», para poder sentir ese abrazo que tanto soñé durante mi infancia con ilusión, siempre esperando una respuesta llena de cariño y comprensión para mi corazón pequeño. Soy Juanjo ya tengo doce y quisiera saber dónde se alquilan papás.

Juan José Díaz Bustamante, 12 años
Aranjuez, Medellín
N.° 523885

La gallina

¿Por qué una gallina habla? ¿No es suficiente con que saque dos en Ciencias? Ese día el gallinero apestaba como siempre, esa gallina sería el almuerzo, solo era despedirme. Qué raro cuando me dijo: «¿Qué hiciste? siempre estás aquí cantando, pero hoy estás callada y asustada». No estaba sorprendida, casi como si aquello fuera normal, esa gallina conocía mucho con solo observar. Lo último que le dije fue un «co» tal vez con ironía. Ese día no almorcé. Mientras compraba algo en el Surtimax me pregunté entre lágrimas: ¿por qué trato así a quienes me quieren?

María Emileé Alzate Ortega, 13 años
Medellín
N.° 488249

La colección de amaneceres en la Cruz

Emelin, doce años, subía al cerro de la Cruz cada domingo con un frasco vacío; no buscaba agua ni piedras. Buscaba amaneceres. Esperaba a que el sol pintara a Medellín y encerraba el aire tibio en el frasco. Ya tenía cincuenta y cinco. «¿Para qué los guardas?», le preguntó una señora que vendía aromáticas. «Para los días en que mi mamá llega del turno de noche y pueda ver un hermoso atardecer junto a mí». Cuando su madre llegó, Emelin abrió el frasco en el que guardaba tanto esfuerzo y dijo: «Para que podamos ver el amanecer juntas, mamá hermosa».

Emelin Andrea Benítez Hernández, 12 años
Medellín
N.° 505077

CUENTOS FINALISTAS

Categoría Juvenil

A veces nos quedamos colgados de una palabra, como si fuera una semilla que crece y crece adentro, hasta que un día necesita sacar sus ramas por los ojos, por los oídos, por la boca. De repente, una escena que no sabíamos que habíamos guardado en las entrañas vuelve convertida en historia. La pensamos otra vez, la miramos y descubrimos algo que antes no habíamos visto.

Ahí ocurre algo: el lector se convierte en escritor cuando decide que tiene una historia para contarles a otros. Algo que vio, que escuchó, que alguien le contó, una escena que se quedó dando vueltas adentro. No basta con haberlo vivido, aparece la necesidad de encontrar una forma para decirlo y compartirlo. Creo que escribir empieza justo ahí: cuando una experiencia encuentra en nosotros las ganas de ser contada.

En estas historias hay jóvenes que se hicieron preguntas frente a lo que tenían cerca: lo que estaba pasando, los otros, la ciudad, aquello que cambia y aquello que parece permanecer. Algunas preguntas encontraron una respuesta, otras siguen abiertas.

Y aquí estamos ahora, del otro lado de esas palabras. Quien escribe llega hasta un punto y pone ahí el final. Pero quien lee —tú, en este momento— llega después, con su propia vida, sus recuerdos y sus preguntas, y desde ahí termina de escribir la historia.

La pequeña puñalada

Ver el filo de aquel artefacto cerca de mi estómago sabiendo que podría perforarme un riñón, fue una sensación que le deseo a todo el mundo. Es un poco psicópata si lo piensas, ya que soy la víctima de ese señor que odia mi madre, y seguramente también me odió por el escándalo que hice, dejando que se enterara toda la comuna 9 de aquel suceso tan traumático. Mis amigas me envidian por haber sobrevivido, pero a mi familia no le gustó mucho la noticia. Según ellos, hacerse el *piercing* del ombligo es para «valijas».

María Paulina Rivera Carmona, 16 años
La Candelaria, Medellín
N.° 476790

Vicios

Los vicios son raros, sobre todo cuando son tan diferentes. Mientras yo estoy en el colegio tratando de no morderme las uñas, seguramente hay alguien en un rincón olvidado por Dios, con restos de polvo blanco en su nariz; recordando con melancolía, cuando solo se mordía las uñas.

Isabella Pérez, 14 años
Itagüí
N.° 510412

La sentencia del cielo

El cielo se puso negro como la conciencia de un político y un estallido retumbó en las ventanas. Mi mamá soltó el café, me clavó una mirada de terror y gritó la frase que nos condenaba: «¡La ropa!». Corrimos al patio como si nos persiguiera un asesino; si una gota tocaba el uniforme, mi destino sería peor que cualquier tormenta. Luchamos contra ganchos rebeldes, arrancando la ropa con agilidad de soldado. Entramos a la sala derrapando en chanclas, victoriosos con la ropa seca. Afuera el mundo se caía, pero estábamos a salvo del mal genio de mi madre.

José Daniel Clavijo Garcés, 16 años
Sabaneta
N.° 505797

Tanto en la tierra como en el cielo

El dolor en el pecho fue más rápido que la ventanilla de la EPS. Sentada en la silla plástica, con el fichaje arrugado entre los dedos, doña Marcela cerró los ojos tras siete horas de espera. Despertó en una llanura blanca, sin el peso del asma. Respiró aliviada, creyendo haber escapado por fin de la burocracia que le consumió la vida. Sin embargo, al mirar al frente, divisó una masa infinita de almas bajo un letrero luminoso. Un ángel le entregó un papel térmico con el turno 8.734.221, y le pidió que tuviera paciencia, que hoy el sistema estaba caído.

Sofía Bedoya Espinosa, 17 años
Belén, Medellín
N.° 511825

Emergencia

Mi mamá guardaba las monedas en un frasco de café. Decía que eran para emergencias, pero un viernes lo abrió solo para comprar helados. Mientras los comíamos en la acera, entendí que también hay urgencias que se curan con una conversación y un rato juntos.

Eileen Melissa Simanca González, 14 años
Bello
N.° 523430

Domingo de olla

Mi mamá pone la olla desde las siete. A las diez ya huele por toda la cuadra. Los vecinos no están invitados, pero llegan igual: don Hernán con su radio, la niña de enfrente que siempre tiene hambre, el primo que nadie recuerda haber llamado. Mi mamá no dice nada. Pone más agua, parte más yuca, saca platos que no sabíamos que existían. A la una somos doce comiendo en una mesa de seis. Alguien siempre termina llorando de la risa. Mi mamá recoge los platos sin decir nada. Pero sonríe sola, de espaldas, sin que nadie la vea.

Sebastián Caycedo Garcés, 16 años
Envigado
N.° 515970

El día en que Las Vegas fue Venecia

La magia de Medellín atrapa hasta el clima. Aquí lo imposible sucede sin pedir permiso, y en cuestión de segundos, Las Vegas se transforma en Venecia, gracias a una Presidenta acaudalada. La lluvia cae con tanta fuerza que las calles parecen recordar antiguos ríos. Atrapado por el diluvio, una desconocida para mí me invitó a refugiarme bajo su diminuto paraguas. Mientras los carros navegaban como góndolas ruidosas, conversamos para espantar el frío. Entonces descubrimos que vivíamos en el mismo edificio. Qué extraña es esta ciudad: nos cruzábamos cada día en el ascensor, como desconocidos, hasta que la lluvia decidió presentarnos.

Juan Andrés Tobón Naranjo, 16 años
La Loma de los Bernal, Medellín
N.° 516937

El metro

En el metro nadie hablaba. Una mujer lloraba en silencio, un vendedor contaba las monedas, un estudiante dormía abrazado a su morral, un músico afinaba la guitarra sin tocar una nota. Al detenerse el tren por una falla eléctrica, todos levantaron la mirada por primera vez. Se cruzaron sonrisas tímidas, una botella de agua cambió de manos y alguien contó un chiste. Cuando el viaje continuó, cada quien volvió a su silencio. Medellín siguió avanzando sobre los rieles, como si necesitara detenerse un momento para recordar que todavía estaba llena de personas.

Isabel Ochoa Arango, 17 años
Robledo, Medellín
N.° 520351

La canica

La ciudad amaneció oliendo a mango maduro y lluvia. Mi abuela dijo que Medellín escondía memorias bajo cada baldosa. Encontré una canica azul frente al tranvía; al tocarla, escuché risas antiguas mezcladas con vendedores de tinto. Seguí aquel eco hasta una casa demolida donde un guayacán florecía contra toda lógica. Allí comprendí que las ciudades sobreviven cuando alguien recuerda sus nombres verdaderos. Guardé la canica en mi bolsillo y desde entonces cada desconocido me saluda como primo perdido. Sonrío siempre, porque nadie sospecha que cargo una ciudad entera latiendo silenciosa bajo la piel, todavía fértil para quienes decidan escuchar despacio.

Thomas Márquez Yepes, 16 años
El Poblado, Medellín
N.° 517713

El barrio que ya no conocemos

Don Javier mira la pizarra en la esquina: ahora el tinto se llama *espresso*, cuesta lo que antes valía un almuerzo. En su calle, donde jugábamos fútbol, hoy desfilan maletas y rostros que no saludan en español. Las casas tienen códigos digitales; son cajas de cristal para extraños de paso. Nadie expulsó a los vecinos con armas, pero el arriendo se siente como un disparo. Los balcones ya no huelen a sancocho, sino a soledad de lujo. Medellín no es solo un destino; es una casa quedándose sin gente para acomodar a quienes solo ven la primavera desde la ventana.

José Daniel Clavijo Garcés, 16 años
Sabaneta
N.° 505790

El dulce de limón

El abuelo guardaba un dulce de limón en el bolsillo cada tarde, esperando el sonido de las risas que ya no habitaban la casa. Se sentaba frente al columpio vacío, donde el óxido devoraba el hierro y el silencio pesaba más que los años. Miró el reloj; la demencia le robaba los nombres, pero no la espera. Su esposa se acercó con ojos empañados y le tomó la mano marchita. —Ella no vendrá hoy, cariño —susurró. Él asintió, olvidando la noticia apenas dicha, y volvió a acariciar el envoltorio brillante, guardando un tesoro para una nieta que ya era ceniza.

Emily Romero Ciro, 16 años
Bello
N.° 523199

Lucidez escurridiza

Graciela descendió hasta el valle, en el camino vio edificios, incontables árboles e infinitas ramas. Recorrió calles delgadas de barrios escondidos, se detuvo para descansar y refrescarse con la brisa. Ella sacó de su pantalón un papelito, leyó una dirección escrita con letra ilegible, aún fresca la tinta, y recordó su camino. Cuando llegó a un restaurante cercano al parque La Floresta, una mujer la saludó y, sonriendo, le dijo:

—¡Hola, mamá!

Graciela, perdida, respondió:

—¿Por qué me dices mamá, y por qué mi casa es un restaurante?

Entonces la mujer dijo riendo:

—Mamá..., te volviste a escapar del asilo.

Juan José Baena Londoño, 16 años
Medellín
N.° 505418

Mermelada

El dulce olor de la fruta inundaba la cocina cada vez que ella prendía el fogón. Guardaba el frasco de mermelada en la nevera como si fuera un tesoro y se aseguraba de que nunca me faltara en el desayuno. Ahora, el frasco sigue ahí, intacto. Me da miedo abrirlo y que, cuando la mermelada se acabe, también se termine su recuerdo.

Silvana Londoño Moreno, 16 años
Sabaneta
N.° 506136

Silencio

Aprendí a callar mis problemas... Porque en mi casa llorar era exagerar.

Ashley Vargas Ibarra, 16 años
Manrique, Medellín
N.° 505250

El laberinto

En el barrio, mi hermana me enseñó las fronteras antes que las tablas de multiplicar. Aprendí qué calles evitar y dónde bajar la mirada. Una tarde, mi madre me pidió llevar un medicamento a mi abuela, al otro lado del puente. Mientras caminaba, sentía dos motos detrás de mí y los grafitis observando mis pasos. Cuando crucé la esquina, un hombre me detuvo y preguntó: «¿Vos de dónde sos?». Miré alrededor; todas las calles eran iguales. Entonces entendí que vivir en el barrio es como un laberinto: todos conocen la salida, pero no todos pueden cruzarla.

Samuel Coronado González, 15 años
Conquistadores, Medellín
N.° 515022

Quiero vivir

La vuelta era sencilla: vigilar, avisar, correr. Eso me dijeron. Tenía trece años y una libreta llena de buses trepando la loma. Cuando sonó la moto, entendí que las vueltas nunca son sencillas. Desde entonces, cada vez que salgo, mi mamá me acomoda el cuello de la camisa como si pudiera espantar las balas con los dedos. Ella cree que madrugo a estudiar. Yo también quisiera creerlo. Por la ventana, Medellín se enciende como un pesebre. Cada luz parece un niño llegando a casa. Aprieto los cuadernos contra el pecho. No quiero plata. Quiero cumplir catorce. Quiero vivir.

Sebastián Villa Suárez, 15 años
Belén, Medellín
N.° 517275

La apuesta final

Era un día cualquiera. Estaba parchado en mi casa cuando llegó mi parcero con una propuesta que sonaba demasiado prometedora: apostar en un partido de fútbol. Un millón si ganábamos; si perdíamos, «no pasaba nada». Dudé, pero acepté. Al día siguiente viajamos en un camión hacia una cancha en medio de la nada. El pasto estaba debilitado, los árboles no se movían y el silencio resaltaba. Para entrar, cruzamos un cerco de alambres oxidados. O eso pensé. Cuando me acerqué, entendí, no era óxido, era sangre seca. Y entonces descubrí que, en ese lugar, solo ganaba la muerte.

Matías García Goez, 16 años
Bello
N.° 485921

Barrio de chacales

Marta abrió su tienda. A la semana le robaron todo. Al mes pagaba vacuna para que no fuera a suceder lo mismo, dice que es alquiler, no miedo. Los niños aprendieron poco a poco los peligros del barrio, crecieron en un entorno muy peligroso donde las esquinas apestan a polvo y los cuerpos a sangre. Anoche hubo ráfagas. Nadie grabó, nadie grabó, para la gente este barrio ya es una rutina. Los chacales no ladran. Cobran. Y si fallas, te borran del mapa.

Andrés Felipe Nagles Quiñónez, 14 años
Bello
N.° 510451

Vecinos

Eran dos casas juntas. Una azul y una roja. La azul pintó su parte de la línea y se extralimitó un milímetro. La roja, afrentada, quemó la casa azul. El fuego consumió ambas. No quedó línea divisoria en las cenizas.

Andrés Felipe Muñoz Mendoza, 17 años
Barbosa
N.° 514673

¿Le cayó el veinte?

Ando en ceros, mis parceros no fueron capaces de hacerme la segunda. Ahora estoy medio, medio, tirando a tres cuartos y me voy a tener que poner la diez para no volverme un ocho en el trabajo. En este momento no tengo ni cinco para comprarme las onces, así que me toca esperar porque me pagan en quince. Présteme plata, hágame ese catorce, ¿sí? Yo le pago de una, en un dos por tres.

Mariana Bolívar Adarve, 17 años
La Estrella
N.° 522315

La pócima mágica

De pequeña me preguntaba qué era lo que vendía doña Rosa en ese termo Imusa de color azul. Un líquido oscuro que, sin importar el clima, nunca se enfriaba. Esa pócima que les quitaba el cansancio a los adultos que iban a trabajar y podía su expresión suavizar. Era el aliado perfecto para que las señoras tomaran al conversar y para que los señores leyeran el periódico cada mañana. Salvaba a los estudiantes que salían sin desayunar. Para todos era un alivio en medio de la tempestad. Hoy me tomo mi tintico para el día empezar.

Samanta Herrera Vargas, 17 años
Campo Valdés, Medellín
N.° 520617

CUENTOS FINALISTAS

Categoría Adultos

Imaginemos que estamos en una de las montañas de nuestra ciudad y que desde ahí empezamos el camino. Desde arriba la ciudad parece una sola cosa, pero basta comenzar a bajar para que aparezcan los caminos y las posibilidades. Hay calles que llevan a otras calles, ventanas que guardan historias, lugares que cambian mientras seguimos pasando por ellos. A veces el camino se estrecha; otras veces vuelve a abrirse.

Después de mirar tanto, uno aprende que no puede verlo todo al mismo tiempo. Que puede detenerse en una ventana o seguir de largo, tomar una calle u otra, escuchar una voz o dejarla pasar. También aprende que no todas las preguntas tienen una respuesta que queramos escuchar, y que algunas respuestas necesitan tiempo para poder ser entendidas.

De eso están hechas estas historias: de personas que han recorrido bastante como para saber que una misma ciudad puede ser muchas ciudades, que una misma historia puede verse de distintos lados y que, a veces, para entender lo que le pasa a otro, primero hay que aceptar que no estamos mirando desde el mismo lugar.

Tú y yo seguimos siendo lectores. Así que bajemos, subamos, desviémonos. No prometo que sepamos adónde vamos a terminar, pero sí que habrá más de una esquina en la que valdrá la pena detenerse.

Domingo de fútbol y arroz con pollo

Ese fue el único día que nos metieron gol. En la cancha todos miraron confundidos cuando salí disparado para la calle. Corrí, y no paré por el olor de las empanadas de doña Olga, ni para saludar a don Ramón, que paseaba al perro, y menos para esquivar el tumulto saliendo de misa. Llegué sin saber cómo, tampoco supe si a tiempo: parecía que ya había alguien adentro. Abrí con sigilo, saqué una coca del congelador y la puse en la encimera. Mi mamá llegó unos segundos después. «Santiago, ¿sí me puso a descongelar el pollo?». «Sí, ma, hace rato».

Matías Bohórquez Castañeda, 18 años
Medellín
N.° 522477

Mi primera res

24 de diciembre, en casa de la mamita. Somos nueve y solo hay cuatro camas. Los nietos tenemos dos opciones: armar cambuche o dormir con la mamita, que es igual que un camión por Matasanos. Todos los primos armamos el cambuche. Entonces dice la mamita:
—Al que duerma conmigo le doy una vaca.
Y yo, que siempre he sido bien interesada, corrí a su lado para pasar la noche más larga de mi vida hasta ahora. Amanece y mi primera pregunta es:
—Mita, ¿y mi vaca?
Ella responde:
—Ahí está. Vaya y cójala del pesebre.

María Clara Bustamante Sánchez, 31 años
Copacabana
N.° 511850

¿A o E?

Decía en un pedazo de hoja de cuaderno arrugado que recibí, entonces pensé: ¿Será una invitación a mecatear de ese niño que me derrite? ¿Arepa o Empanada? O... ¿Serán las materias que quiere que repasemos? ¿Aritmética o Español? Tal vez... ¿Será el barrio adonde me quiere llevar a pasear? ¿Aranjuez o Enciso? Quizá... ¿Anhela que me decida entre el Atlético Nacional y El Poderoso Medellín? Ahí fue cuando su mensajero me interrumpió y exclamó: ¡Que si Amigos o Enemigos! Y yo sin pensarlo dije mejor: ¡Amigos y Encariñados! ¡Vaya antigua forma de resolución de conflictos! Tristemente ya en desuso.

Mary Sol Londoño Velásquez, 61 años
Cristo Rey, Medellín
N.° 514951

Lectora clandestina

La gata me seguía a todas partes: al baño, a la cocina, al corredor. Cuando iba a salir de la casa se atravesaba en la puerta, como si no quisiera quedarse sola, con una especie de temor en los ojos. A los días lo entendí, cuando devolví el libro de cuentos de terror en la Biblioteca de San Javier.
—No podemos recibirlo —dijo el bibliotecario—. Está lleno de pelos de gato.

Paula Castañeda Hincapié, 42 años
Buenos Aires, Medellín
N.° 508493

¡Más amorrrrr!

Se gustan, pero todavía no se hablan. Se atraen un montón, pero quieren disimularlo. Una vecina que los vio dos veces desde su balcón se lo confirmó a los pelaos de la barbería. La señora de las empanadas dice que no, que son embustes de la vecina; pero ya en tres barrios cercanos están hablando de la misma pareja. Dicen que se encuentran en calles distintas para no generar sospechas. Hoy deberían encontrarse, y ya todos estamos atentos para escuchar dónde y cuándo es que grita el de la ¡mazamorraaaaa! y le responde la del ¡reeeeeeeeciclaje!

Leonardo Jiménez Bobadilla, 48 años
Sabaneta
N.° 521451

Las aventuras de Pedro Parques

Pedro Parques iba andando en su moto por las calles de Aburrá Valley a mitad de la noche cuando fue mordido por un alicángaro radioactivo que se escondía detrás de un cuchiflí. Pedro Parques sintió que tenía: sentido alicangarácnido que le advertía de papayazos y superavispamiento para aprovecharlos; supervisión para ver desde lejos semáforos en amarillo titilante o retenes de guardas azules (sus peores enemigos) y supervelocidad para evadirlos; superorgullo y supervocezota para hablar duro, no dejársela montar de nadie y siempre tener la razón. A partir de aquella noche Pedro Parques se convirtió en Superpaisa.

Juan Sebastián Osorio Ospina, 35 años
Boston, Medellín
N.° 515564

Drácula Jaramillo

Tenía una amiga que siempre me invitaba a amanecer en su casa en el barrio Robledo.

—Es que en su casa espantan —advertí.

—Qué va. Esos ruidos los hace Drácula Jaramillo —aclaró riendo.

—¿Cómo sabes eso? —pregunté.

—Cuenta la leyenda, que en época de arrieros esa casa era una fonda de paso. Uno de esos arrieros era Efraín Jaramillo. Como era zarco y le fastidiaba el sol, le decían Drácula. En una ocasión caminó todo el día y llegó entrada la noche. Amaneció muerto, con los ojos abiertos. Así que no tengas miedo. Es un espanto conocido.

Cecilia Palacio Flórez, 60 años
Medellín
N.° 524616

El Larousse decembrino

Leidy, vení vos que tenés esa racha de cien días en Duolingo y le traducís a este gringo que nos colabore con una boletica, explícale que es pa'l año viejo, los estrenes, pagar la cuota del equipo de sonido y ajustar lo de la natillera del paseo a Coveñas ¡Hacele pues, Leidy, dejá la bobada! Decile también que se anime a venir el 31 que vamos a cerrar la cuadra pa hacer marranada, fritar buñuelos, cantar *El apachurrao*... Que tranquilo que no vamos a dar chorro pirata y que traiga los yiyos amarillos que aquí le regalamos las lentejas.

Luis Miguel Mesa Rodríguez, 30 años
Envigado
N.° 514882

Los secretos del fogón

Antes del primer rayo de sol, Toña ya estaba en pie: alpargatas, delantal a la cintura y fogón encendido. Mientras el café colaba su aroma, sus hijos salían rumbo al matadero. El camino era culebrero, pero entre silbidos y travesuras, la distancia se hacía ligera. Si la suerte los acompañaba, volvían con lo esperado, bien guardado entre sus fajas enrolladas. Entonces empezaba el revoloteo: Toña avivaba la tradición, dejando en otras manos sus secretos, mientras llenaba la tripa con arroz, carne, aliños y poleo del camino. Desde el corredor llegaba la pregunta:

-Toña... ¿Ya está la rellena?

Marisol Ramírez Henao, 34 años
Medellín
N.° 524720

Fuera de juego

A pesar de que siempre estuvo en la cancha, mi abuelo nunca entendió el fútbol. Cada fin de semana, antes de salir, me preguntaba qué equipos se enfrentaban para no vestir sus colores y evitar el riesgo de perder una venta. Una vez en el lugar, solo se inmutaba con el grito de gol, la algarabía de los penales y alguno que otro conflicto que hacía levantar a las hinchadas. El pitazo final indicaba, por fin, su entrada al juego, la cual anunciaba con su cántico característico: «¡Agua, Tampico, limonada!».

Susana Restrepo González, 23 años
Itagüí
N.° 519972

De Chigüiro para...

En el acopio de Moravia el tiempo se iba en tintos y conversas. Mi viejo, el mentado Chigüiro, camellaba en su taxi junto a Gallo y Perro, sus compañeros de toda la vida. Pegados al radio, escuchaban las noticias atentos al runrún de la calle mientras esperaban una carrera pa'l centro. Crecí corriendo entre los amarillos, bien amañada al ladito del río y del morro. Hoy paso por ahí y veo los carros irse; el motor de mi viejo se apagó, pero aquí sigo siendo la Chigüirita, repitiendo su dicho: la vida es bella, el bellaco es uno.

Paub Zapata, 26 años
Aranjuez, Medellín
N.° 513915

Juniniar es verbo y sustantivo

Bajamos al centro, porque sí, tiene una inevitable fuerza de gravedad. Me dice: «Vamos pues a juniniar». Y me emocionan las posibilidades de encontrar algún tesoro de aquí o de allá, aunque se tenga tan poco. Quedarnos horas en un café, imaginando cómo Arango y los parceros se mantenían por acá escribiendo el nadaísmo. Perdernos... Encontrarnos mirando los últimos edificios de una Medellín cuando era chiquita, que se nos ponga la piel de gallina. Escuchar de fondo a Gardel, todavía acompañando en los bares a los cuchitos. Seguimos juniniando para que la memoria no termine convertida en un parqueadero más.

Carolina Quintero Jaramillo, 32 años
La Candelaria, Medellín
N.° 520582

El sonido del tiempo

De niña, nunca aprendí a leer el reloj, escuchaba el barrio. El reciclador traía la mañana; el aguacatero, el mediodía, y el mazamorrero, la tarde. De adulta, los relojes siguieron dando la hora, pero el barrio dejó de hacerlo.

Lorena Úsuga Gutiérrez, 29 años
Envigado
N.° 520536

Las montañas se movieron

Les juro que las montañas cambian de lugar. Para no confundirlas, comencé a ponerles nombres: la del edificio azul, la que parece un perro dormido, la de la antena. Mamá nunca me creyó, solo sonreía mientras limpiaba las ventanas. Yo, fascinada, dibujaba lo que veía en todos mis cuadernos. Años después entendí que las montañas nunca se habían movido; éramos nosotras las que íbamos a un apartamento distinto cada mañana.

Manuela Pulgarín Mora, 19 años
El Picacho, Medellín
N.° 520984

Tictac

Cuando mataron a Gaitán, mi abuelo tenía once años y buen oído. Cuenta que la gente corría, que los tranvías ardían, que los grandes se disparaban por nada. Él se agachó junto a una vitrina rota y se llevó lo único que seguía vivo en la calle: un relojito que hacía tictac. Lo escondió bajo la camisa, pero el tictac lo delataba, como un corazón delatando al ladrón más joven de la historia. Todavía suena en la pared de su sala. Todavía mi abuelo dice que no fue robo. Que fue rescate.

Isabella Conde Ortiz, 18 años
Envigado
N.° 522731

Ya está

Me amañaba en la ebanistería de don Fausto —sin hablar—, fue su condición. Con el tiempo me dejó llevarle cosas: garlopa, segueta, laca. Él cantaba también; así aprendí mucho, sobre todo boleros y a acariciar la madera al lijarla. Él decía: «No está» o «Ya está» y, al son de Ismael Miranda o Roberto Ledesma, componía escaparates y mesas. Yo amaba el olor, las partículas de aserrín flotando. Y, sobre todo, verle pasar las manos sobre la madera. Crecí. No volví, pero miraba desde afuera; él sonreía. Cuando murió, fui y pasé la mano sobre su madera. ¡Ya está!

Luis Fernando Prieto Maldonado, 56 años
Medellín
N.° 523548

La bendición de mi mamita

Solía ir con mi mamita a misa de las seis. Ella apretaba su escapulario y me enseñaba a rezar con los ojos cerrados: «No me desampares». Entonces yo también los cerraba, aunque no entendía por qué. En la tarde rezábamos el rosario, mi mamita decía que cada cuenta era una oración. Hoy llego a María Auxiliadora, me echo la bendición como ella me enseñó, murmuro otra oración: «No permitas que mi muerte sea violenta». Cuando abro los ojos, frente a mí pasa un carro blanco, europeo, nuevecito. Digo: «Amén». Arranco la moto; hoy le tocó perder.

Ana Sofía Suárez, 18 años
Belén Las Mercedes, Medellín
N.° 523710

El anillo de oro

Cada que daban bala en la cuadra, mi abuelo salía al balcón a retar a los muchachos. Nosotros, con el miedo latiendo en los poros, hacíamos una cadeneta humana para meterlo a la fuerza. Murió a mis catorce. A los quince, recibí su herencia en retroactivo: un anillo de oro comprado antes de morir. Jamás pude usarlo en el barrio; el miedo pesaba más que el metal. Veintidós años después, sigue en el cajón. Todavía temo usarlo en cualquier parte, como si Aranjuez me siguiera a todos lados, como si llevara el luto y el peligro engarzados en el dedo.

Laura Cano Guarín, 36 años
Medellín
N.° 514767

Pan de Azúcar

Crecí mirando el cerro desde la ventana. Mi mamá decía que ese nombre era de mentiras, que ahí no había dulce sino piedra y monte, pero a mí me gustaba imaginarlo de azúcar, brillando cuando le pegaba el sol de la tarde. Esa noche llovió bastante duro. La oí rezar bajito, le temblaban las manos. «Tranquila, ma, que no somos de azúcar», le dije. Me abrazó fuerte y no me soltó. A la madrugada el cerro bajó sobre nosotros. Resulta que no éramos de azúcar. Pero esa noche sí.

Juan Pablo Mira Cañas, 20 años
Bello
N.° 510722

La tierra reclama

Don Argiro no barre el polvo, barre recuerdos. En su pieza de inquilinato, en plena comuna, una raíz de frailejón rompió la baldosa. No es maleza: es el páramo que lo viene persiguiendo desde que dejó el azadón por el miedo. Cada noche, el cemento exhala olor a tierra mojada y a café de finca. Los vecinos dicen que son humedades, pero Argiro sabe que su vereda está brotando por las grietas. Anoche, las raíces le abrazaron los tobillos. Hoy, cuando entraron para cobrar el arriendo, solo encontraron un matorral silvestre y un par de botas pantaneras llenas de flores.

David Alejandro Rincón Vanegas, 19 años
Bello
N.° 477576

En vía de extinción

Echó un vistazo al reguero de luces esparcidas por el Valle, luciérnagas eléctricas poblando la oscuridad citadina. Aunque era de madrugada, a lo lejos se escuchaba el rumor metálico, como la respiración de un animal enfermo. Arrinconado, caminó hacía las sierras, por entre fincas de recreo, miradores y *glamping*, sembrados por donde antes se cultivaron legumbres y flores. Por las calles, las personas caminaban presurosas. Le miraban asombrados, como si fuera un espanto. Observaban extrañados su sombrero, sus botas, su azadón... Luego, comprendí: mientras iba en busca de tierra, montaña arriba, ellos veían desaparecer al último campesino de San Cristóbal.

Carlos Andrés Acevedo Ortiz, 38 años
San Cristóbal, Medellín
N.° 507169

Valorización

Que qué pereza el ruido de las motos, despertarse por una pulidora, los niños que tocan el timbre y se van; que qué pereza los que le pitan al semáforo, la calle cerrada, la berraca loma arriba donde solo se cabe en fila y el bafle a todo taco; que qué pereza los gritos de balcón a balcón, la campana del camión de basura o la reversa del de mudanzas. ¿Pereza? Da es miedo cuando no hay bulla, solo pasos en chanclas y un tinto a 10.000 que dizque llaman expreso. ¿Que qué pereza? ¿Quién paga el silencio?

Juliana Marcela Rodríguez Álvarez, 25 años
Campo Valdés, Medellín
N.° 520139

El rebusque

Vecino, buenas, ¿me lleva en mil por la de atrás? Se sube al bus. Prefiere ir de pie para no ocupar un asiento que siente que no le corresponde. Vive el recorrido en silencio, pensativa. Se baja en la esquina de El Palo con Ayacucho. Pone su silla junto a un negocio donde ya la conocen, abre su sombrilla de colores y desempaca los dulces, los cigarrillos y lo que no puede faltar: el tinto. Mira al cielo, se echa la bendición y pide, esperanzada, que ese día sea bueno. Le faltan treinta mil para el arriendo.

Carolina Velásquez Castrillón, 32 años
Robledo, Medellín
N.° 514460

Lo aprendí en Medellín

A los dieciséis vendía dulces y artesanías en las calles. Aprendí que la vergüenza es un lujo que no me podía dar. A los diecisiete recogí café por primera vez. Las manos no sabían, pero el cuerpo obedeció. Nadie me enseñó —la montaña lo hizo—. A los veinte fregaba pisos en centros comerciales. Los veía brillar y sentía que algo en mí también. A los veintiuno, detrás de un mostrador, contando tabletas, leyendo nombres que antes no conocía. Medellín me vio crecer con berraquera, con hambre y con ganas. Hoy la miro y le digo: gracias, fui buena alumna.

Natalia María Valencia Pérez, 35 años
Santa Cruz, Medellín
N.° 477429

Mapa

En mi colegio nos dijeron que dibujáramos el mapa de Antioquia. Todos mis compañeros hicieron montañas, buses y bandejas paisas. Yo dibujé a mi mamá dormida en el bus de las cinco, con el uniforme del hospital arrugado y una lonchera azul en las rodillas. La profe preguntó dónde estaba el territorio. Le señalé las ojeras. «Aquí». Mis compañeros se rieron de mí, pero la profe me sonrió y frotó mi mejilla con cariño, tomó mi dibujo y lo pegó en el centro del tablero. Ese día mis compañeros entendieron que Antioquia también está hecha del cansancio de su gente.

Mónica Johana García Herrera, 35 años
Envigado
N.° 505672

Los sábados

El murmullo de la quebrada y el gorjeo de las pájaras se introducen en sus sueños, la llaman a abrir sus ojos. Los árboles danzan al ritmo de la radio, que su madre enciende mientras le prepara chocolate con leche, arepa con huevo y hogao, ¡qué olor! Se elevan por el cielo y acompañadas por el río llegan al palacio de ajedrez. Buscan la sombra, saca su cuaderno, sus colores y dice: «Hoy el paisaje es de color azul, amarillo y rojo, ¿no, ma?». Su madre la mira y grita: «¡Medias, medias, llévelas, llévelas!».

Paula Sánchez, 35 años
Aranjuez, Medellín
N.° 522596

Doña Emilce

En una tarde calurosa de junio, salgo agobiado al balcón de mi casa para despejarme de la jornada laboral como oficinista virtual. En el balcón del frente, veo a mi vecina anciana sentada, concentrada en una tarea manual sobre sus piernas. Esfuerzo la mirada para descubrir qué hace. Ella levanta la cabeza y me mira; aprovecho para saludarla. Me responde levantando la mano con una sonrisa. Rápidamente, baja la cabeza y, con parsimonia, sigue doblando una bolsa plástica en triángulo. Forma una papeleta y la deposita en otra bolsa.

César Augusto Velásquez Rúa, 54 años
Itagüí
N.° 514912

El escobita

Se levanta cada mañana sin saber cuánta basura encontrará a su paso. Su jornada comienza cuando las calles aún están solitarias. Al barrer entre Girardot con La Playa descubre botellas vacías, servilletas arrugadas y colillas pintadas de labial: vestigios de una noche de tragos, comida callejera y conversaciones de amigos. Entre los desperdicios encuentra una foto rasgada; quizá la última prueba de un amor roto. Mientras la oscuridad se disuelve y la ciudad despierta entre bocinas, vendedores y risas, nadie imagina que el primero en conocer los secretos de aquella esquina del centro siempre es él.

Carolina Monsalve Vega, 47 años
Belén Las Mercedes, Medellín
N.° 521674

La unidad

109: Ojalá me llamaran de ese empleo. 208: Váyase con fundamento, mijo. 306: ¿Dónde está el gato? 402: ¡Voy a ser mamá! 509: Te extraño mucho, abue. 601: ¡Oiga, bájele volumen a eso! 704: Cucha, le prometo que esta vez sí gano el año. 802: Si no me paga, le toca desalojar. 903: Parce, estoy retragado. 1005: ¡Acuérdese de sacar la basura! 1108: ¿Se fue el agua? 1207: ¡Golaaaaazo! 1304: Muévale que nos cogió la noche. 1403: ¡AYÚDENME! 1503: Cerró la ventana.

Juan David Ochoa Restrepo, 31 años
La Candelaria, Medellín
N.° 514924

Hermes y yo

Soy el Hermes del combo, pero a mi jefe no le llaman Zeus, sino el Viejo. A veces se enoja tanto que sus palabras pueden causar muerte y conflictos, pero esa es mi tarea: saber comprender sus palabras y comunicarlas. Unas veces vienen llenas de furia, pero con un tono moderado; otras son pasivas, pero con advertencias claras; y otras, solo Diosito sabe. No tengo zapatos alados, pero sí una 115 que vuela como un pajarito. En fin, no vivo en el Olimpo ni le sirvo a un dios. Vivo en Medellín y soy la mano derecha del Viejo.

Brayan Argenis Navarro Londoño, 31 años
Bello
N.° 508813

La operación

Los escuchaba sin que se dieran cuenta, sentada en las escalas del atrio de la iglesia de La Estrella. Hablaban bajo entre ellos:

—Ya está... Ya podemos proceder —dijo uno.

—A ver, muestre la herramienta —respondió el segundo.

—No, porque de pronto se me daña —esquivó el primero.

—¡Entonces, hágale pues de una vez!

Y el primer borracho enredó el diente flojo del otro, dándole muchas vueltas con un hilito y luego tiró con fuerza.

Martha Victoria Ruiz Duque, 62 años
Laureles, Medellín
N.° 523560

El aparato raro

Mi abuela arrumó un aparato raro para fritar chicharrones en el balcón más alto de la comuna. El primer día, entusiasmada, encendió el quemador oxidado a máxima potencia. Un crujido metálico y seco, seguido por el estallido violento de la grasa, retumbó en la cuadra. Abajo, los vecinos se arrojaron al piso en un reflejo aprendido; las madres cubrieron a sus hijos esperando las balas en la penumbra de las casas. Al asomarse y ver el humo denso, un viejo exclamó con la voz rota: «Vecina, apague eso, que aquí la muerte todavía tiene el oído muy fino».

Mauro Antonio Peña Soto, 63 años
Manrique, Medellín
N.° 520475

Animales nocturnos

Tenían la costumbre de reunirse al caer la tarde, en la plazoleta San Ignacio bajo el calor de las últimas lámparas amarillas. Nadie sabía si aquello era un juego o una pelea. Las bocas dibujaban muecas frenéticas, las cabezas se agitaban como muñecos desarticulados. Manoteaban y saltaban, como movidos por hilos, acercándose uno al otro hasta sentirse el aliento. De repente, el grupo guardó silencio cuando dos quedaron frente a frente y uno metió lentamente la mano en el pantalón. La dejó allí unos segundos. Después sacó el dedo índice, apuntó y disparó.

Paula Castañeda Hincapié, 42 años
Buenos Aires, Medellín
N.° 508494

Justicia por sus propias manos

El magistrado llama al victimario a narrar los hechos:

—Lo perseguimos y herimos. Intentó escapar, pero lo cogimos y golpeamos, aún más. Caminamos con él así durante horas. Lo hicimos pasar por guerrillero muerto en combate. Con llanto y voz quebrada pide disculpas. Del otro lado hubo silencio.

Abuela e hija empuñan las manos, cierran los ojos y suben al estrado. Lo miran de abajo hacia arriba. Él agacha la cabeza con vergüenza. Abren los puños. Les tiemblan las manos. Se miran mutuamente y extienden los brazos. Con voz quebrada le preguntan:

—¿Le podemos dar un abrazo?

Andrés Araque González, 27 años
Envigado
N.° 508443

Cero aciertos

El metro avanzaba con un sonido indiferente. Elías volvía a leer los números en su cuaderno; un papel arrugado confirmaba el saldo de su racha: cero aciertos. Cuarenta años como vigilante nocturno no le alcanzaron para una pensión. Nadie pagó sus aportes. Apretó el paraguas rojo, tocó su rostro con sus manos de lija, cerró los ojos, exhausto de no ganar nunca. Llegó a la última estación, un policía intentó despertarlo, pero su corazón se había detenido. Mientras levantaron su cuerpo, un joven gritó: «El billete ganador». Lo encontró bajo sus botas. Elías estuvo pisoteando su suerte todo el día.

Bibiana María Valencia Villegas, 45 años
Los Colores, Medellín
N.° 506890

Lo de nunca jamás

Pasé por una empresa donde había vacantes, me entusiasmé. Hablé con el directivo, me pidió una hoja de vida, al llevarla me comentó: «Venga el viernes». Fui y me expresó: «Vuelva el próximo lunes». Cuando fui me indicó volver el viernes del mes siguiente. Al llegar me propuso volver dentro de quince días... Un día me habló: «Le voy a colaborar, pero debe tener paciencia, entonces, venga el viernes»; así fue hasta la decimoquinta vez, al final me dijo: «Lo voy a colocar, venga el próximo año por esta fecha»; le contesté: «¿Por la mañana o por la tarde?».

Jorge Humberto Restrepo Gallego, 74 años
Envigado
N.° 523682

Mancha amarilla

Salgo volando desde Acevedo, paso sobre el río. Hoy baja crecido. Subo por el barrio. Me gusta espiar las terrazas desde arriba. «Entren la ropa», grito. Nadie me escucha. Mientras asciendo la ciudad se va abriendo como una flor, con pétalos de suburbios empinados, desdibujados a lo lejos por la lluvia. Pasando sobre Andalucía se desata la borrasca. Los hilos de agua bajan la montaña tejiendo arroyos, torrentes, basural y avalancha. «Destapen las alcantarillas», clamo. Nadie me ve, el agua no me moja. Loma arriba ubico la mancha de tierra amarilla que cubrió mi casa, cuando aún no podía volar.

Luis Carlos Flórez Toro, 55 años
La Estrella
N.° 518194

Olvidé cómo morí

Consuelo lleva tiempo caminando las calles de su barrio sin que la saluden. Piensa que Max, su perro, la ha olvidado; por eso ya no menea la cola al verla llegar. De sus hijos no se sorprende: hace mucho dejaron de pensar en ella. No recuerda cuándo perdió el apetito ni cuándo dejó de abrir la nevera vacía. Tampoco cómo se le quitó el miedo a los rayos que atravesaban las tablas de su casa ni el gusto por el café. Solo lo entendió el día que, caminando por Granizal, vio cómo sacaban su cuerpo del alud de tierra.

John Jader Gutiérrez Ocampo, 32 años
Campo Valdés, Medellín
N.° 524057

Domingo

Estás ahí, revolviendo la cocina, destapando ollas, suenan las tapas, buscas algo para quitar el guayabo. ¿Sancocho? De madrugada, buscabas con afán algo de beber en la nevera, borracho te retiraste los tenis para no despertarme, te sentí poniendo las llaves en la chapa, no acertabas, eran las llaves del carro, otra vez. Te veo sediento, sudoroso, deambulando por la casa, la misma rutina de cada ocho días, no entiendo cómo lo haces si hace un mes la funeraria te dejó en un horno crematorio y juraron que las cenizas que entregaban eran las tuyas.

Dallana Andrea Barrientos Arias, 41 años
Villa Hermosa, Medellín
N.° 523765

20 días

Tengo una perra, un esposo, dos hijos, una mamá, una hermana, un psicólogo y un papá muerto. Tengo una perra, un esposo, dos hijos, un amante y un papá muerto. Tengo una perra, dos hijos y un papá muerto. Tengo una perra.

Leidy Magali Zuluaga Pinzón, 44 años
La Castellana, Medellín
N.° 509053

A largo plazo

Papá se ríe, igual al resto. Le pregunto si sabe de qué estamos hablando. Me dice que sí, que claro, que él no tiene nada, que está más aliviado que cualquiera. Mi hermana le pregunta si él estaba ese día, cuando abrazó por error a Carlos. Y dice que sí, que claro, que no lo crean bobo. Mamá interrumpe, asustada, y le pregunta si se tomó la pastilla. Y dice, ya enojado, que sí, que claro, que la de la presión. Lo miro y le pregunto si sabe quién soy. Se le encharcan los ojos. Ya no ríe.

Wilson Andrés Amariles Villegas, 34 años
Belén Fátima, Medellín
N.° 515179

Home office

Amanecer. Sueño intranquilo. Agua fría en la cabeza. El computador, insomne desde la noche anterior, arroja luz azul sobre el escritorio. En el pasillo, el silencio de su familia trasnochada. Gregorio entra a la primera videollamada del día cargando el cansancio de un siglo. Al cambiar su fotografía de perfil por un diseño pixelado, descubre que ha olvidado cómo era su propio rostro antes del teletrabajo. Sus dedos, ahora múltiples y delgados, teclean con una velocidad inhumana. Apaga la cámara. «Qué alivio no tener que salir», se repite el insecto, arrastrándose hacia el teclado.

Juan Manuel Orrego Londoño, 28 años
Barbosa
N.° 515071

¡Se busca abuelo!

Se busca abuelo que guarde las cosas y se le olvide dónde. Que me dé dos mil a escondidas. Que se coma mi lonchera y se enoje cuando le pregunten por ella. Que me llame por el nombre de todos mis primos. Que desayune dos veces porque «acá no me dan nada». Que se ponga los calzoncillos al revés y deje el fogón prendido. Que se ría solo y nadie aguante su cantaleta. Se busca abuelo porque papá perdió al mío en el parque cuando salimos corriendo. Se busca abuelo porque el mío ya no encontró el camino a casa.

Chris Valderrama, 32 años
Miraflores, Medellín
N.° 505669

Un domingo como todos

Era día de visita. Llegué temprano al asilo con la intención de ver a un hermano hace tiempo viviendo allí. Pero no estaba, pacientemente sentado esperé que regresara. Como se demoraba, decidí recorrer aquel lugar. Rostros nostálgicos con marcas imborrables y lágrimas escondidas, sonrisas apagadas y miradas tristemente perdidas se asomaban ante mis ojos. Un continuo carraspeo y un toser incesante envolvían un ambiente cansado. Me volví a sentar, al instante comencé a cabecear, en ese momento llegó la enfermera:

—Señor, señor, venga para su cama —dijo.

—¿Y mi hermano?

—No, señor, no vino —dijo tomándome suavemente del brazo.

Orlando Caicedo Quintero, 73 años
Belén Malibú, Medellín
N.° 478974

Modo avión

—Mija, dentro de poquito me voy a poner en modo avión —me dijo mi papá antes de entrar a cirugía.

Hoy lo llamé. Sonó en mi nochero.

Luisa Patiño Cadavid, 37 años
Medellín
N.° 519890

Club de lectura de adultos

Cuando el club de lectura infantil empieza, doña Julia brilla. Pasan muchas semanas en las que intento identificar a cuál de los niños acompaña, hasta que me doy cuenta de que no viene con ninguno, y me empieza el mal genio porque la gente no se fija en los carteles que pusimos en el parque biblioteca indicando que el club de lectura de adultos es el jueves, y Julia está viniendo al que no es, así que se lo digo. Ella me mira con esos ojos sabios y vivos, y me sonríe. «Prefiero este, gracias. Aquí me enseñan a leer».

Estefanía Montoya Quintero, 34 años
Robledo El Diamante, Medellín
N.° 516320

Astronauta

Esteban se quitó el casco y se sintió en terreno desconocido. Hace años había venido a este mirador, pero ahora las luces se habían multiplicado hasta parecer oro en una batea inmensa. Bebió un trago de cerveza, sonrió. Fueron tantas noches de ver sombras de barrotes en lugar de estrellas que hoy, 9726 días después, Medellín alumbraba al fondo como una nueva galaxia.

Pedro Juan Vallejo Peláez, 33 años
El Poblado, Medellín
N.° 486657

Infarto

Me infarté ese día en La Alpujarra. Mi corazón se alteró, me dejaron sin trabajo y sin dinero. Era un día particularmente precioso: el cielo azul, despejado, el sol brillante. Parecía ser un día feliz para todo el mundo. Y no, no era diciembre; era mayo. Mi rostro contra el asfalto. La gente mirando, hablando, pasando de largo. Nadie ayudaba. Y de repente aparecieron tres hermanos, tres niños indígenas. Calculé que tendrían nueve, diez y doce años. Estaban abrazados. Se agacharon, me miraron y se rieron. Uno de ellos le dijo al menor: «Este señor gordo murió. Llama a mamá».

Iván Darío Hernández Jaramillo, 41 años
Sabaneta
N.° 514548

Lo que no sonó

Cada fin de semana salíamos en bici por las calles de Belén. A mitad de cuadra había una casa con techo de zinc a la que solíamos lanzarle piedras desde lejos. Nos gustaba el ruido, seco, preciso. Soltábamos la carcajada. A veces ella salía a gritarnos. Corríamos. Un día tocó a nuestra puerta. Mi mamá abrió.

—Doña Doralba, siga...

Entró despacio. Traía en la mano una piedra.

—¿De quién es esto? —preguntó. Nadie respondió. Entonces la dejó sobre la mesa... Y el silencio fue más fuerte que el de la teja.

Juan Carlos López Flórez, 47 años
Barbosa
N.° 509772

Don sombrero

Mi abuelo tenía un sombrero paisa tan viejo que un día le creció cerebro. El sombrerito empezó a darle consejos: «No le preste plata a ese señor», «Esa muchacha lo va a volver loco», «Comprá más aguardiente». Un día el sombrero le dijo: «Viejo, usted ya está medio pendejo, déjeme a mí mandar». Desde entonces mi abuelo solo asiente. El sombrero negocia por él en la plaza, saluda a los vecinos, cierra los tratos. La gente ya le dice Don Sombrero. Y lo peor: el sombrero resultó más rico y más sabio que toda la familia junta.

Juan Camilo Castaño Ospina, 47 años
La Floresta, Medellín
N.° 508670

Sed

—Jorge, vos que además de médico sos mi amigo, ayudame, decime qué es lo que tengo y qué puedo tomar pa que se me quite. Es que percibo una nube densa y silenciosa rodeándome. Me siento agobiado. Para mí todo ha perdido valor, color, importancia, sentido. No tengo ni certezas ni afectos ni entusiasmos ni propósitos. El mundo avanza con lentitud y yo debo hacer un esfuerzo enorme para mantenerme en pie y permanecer en él. Me siento vacío, inútil, sin esperanza.

—No sigás, Hildebrando. Conozco esos síntomas. Vos lo que tenés es ganas de aguardiente. Tomate media botellita.

Yesid Alexis Espinosa Zapata, 47 años
Robledo, Medellín
N.° 482732

Mágico Medellín

Manrique. Madrugadita, Mariana, meticulosamente maquillada, marcha meneándose musicalmente mientras muchos mirones (motociclistas, mujeres, monjitas, moradores) murmuran maravillados: ¡Madre mía! Mismo momento. Moravia. Martín, muchacho modesto: motilado moderno, musculosito, miope, migra malgeniado manipulando morral mientras maniobra monopatín moviéndose magníficamente. ¡Mero mostro! Mariana, Martín, más mortales, montan metro. Magullándose mezclados, mediando miradas misteriosas, meciéndose momificados manifiestan magnetismo. Martín muge mentalmente: «¡Mamacita!». Mariana, musita maliciosa: «¡Me mereces!». Martín mira mimándola. Mari, maravillosamente, midiendo maneras, muestra manuscrito miniatura: «¡Márcame, mándame mensaje! 3891372020. Mariana». Martín, modela marchándose mientras memoriza móvil. Mariana maldice masticando madrazo. Martín modula mudo: «Mariana... ¡Muá!».

Leonardo Jiménez Bobadilla, 48 años
Sabaneta
N.° 521503

La última pelota

Faltaban diez segundos para terminar el partido y el barrio entero gritaba desde las ventanas. Nico corrió con la pelota pegada al pie mientras dos rivales lo perseguían. Uno intentó barrerlo, pero saltó justo a tiempo. El arquero salió corriendo para detenerlo. Nico cerró los ojos y pateó con todas sus fuerzas. La pelota golpeó el poste... Y entró. Todos explotaron de alegría. Pero entonces escucharon sirenas: la pelota había roto la ventana del carro del policía más bravo del barrio, que ya venía corriendo hacia la cancha.

Diego Bohórquez, 27 años
Medellín
N.° 507444

Empacar montañas

Todas las tardes, María sube a la terraza y mira cómo los aviones atraviesan las montañas y abrazan las nubes. Algún día se subirá a uno, pero todavía no sabe en qué maleta empacar las montañas.

Alexandra Betancur Muñoz, 27 años
Las Palmas, Medellín
N.° 520146

¿Y si escribes tu cuento?

Sobre tus vivencias en Medellín. Sobre amores y desamores. Sobre triunfos y derrotas. Sobre encuentros y pérdidas. Sobre ti, sobre tu familia, sobre nuestra ciudad. Sobre eso que somos. ¡Tú decides!

Título:

Tu nombre
Tu barrio

Anímate a participar en la próxima edición del concurso. Consulta las bases en www.medellinen100palabras.com y síguenos en las redes sociales @medellinen100palabras.

Este libro se imprimió en
noviembre de 2026 en Apotema S. A. S.;
con un tiraje de 17.076 ejemplares.
Medellín - Colombia

Medellín en 100 Palabras es una invitación permanente a convertir la vida en relatos breves. Cada año, el concurso cuenta con una agenda de formación que reúne a escritores y a escritoras que nos acompañan a leer, a pensar y a escribir la ciudad desde diferentes perspectivas. ¡Participa!

Este ejemplar rueda por todo el Valle de Aburrá.

Va de mano en mano. Quienes lo leen se sienten unidos por la alegría de haber vivido una bella historia, un poema estremecedor, un relato inolvidable.

Léelo y compártelo.

Siempre habrá otros ojos ansiosos.

Una alianza:

PLAGIO FUNDACIÓN | PALABRAS RODANTES | METRO MEDELLÍN CALIDAD DE VIDA | comfama

ISBN: 978-628-7910-16-4

Vigilado Supersubsidio

Prohibida su venta